EAS Esperanza creciente

**Convivencia en España 2004**

**EAS, COMUNIDADES DE ESPERANZA CREYENTE**

Nuestra reflexión va a tener como tema: “Eas, comunidades de esperanza creyente”. No vamos a tratar sobre cualquier tipo de esperanza, sino solamente sobre la esperanza cristiana, que engendra compromisos cristianos en una sociedad laica.

Nuestro panorama global, social y eclesial, no mueve a la esperanza. Los dramáticos sucesos en el mundo durante los últimos años nos han creado nuevos y más fuertes interrogantes que se han añadido a los ya existentes. La violencia, la guerra y la injusticia, el terrorismo internacional, la pobreza creciente de muchos países y el secularismo de nuestros países occidentales de Europa son dardos contra la esperanza.

La preocupación por el futuro está desembocando en una creciente ansiedad e impotencia, que no tiene nada que ver con la esperanza. Ante una humanidad con tantos conflictos, un signo comunitario de esperanza es enormemente importante. Pero este signo solamente es creíble cuando va acompañado por el compromiso. La esperanza sin compromiso es una pura ilusión que no convence a nadie. Los compromisos que pide el ideario a los Eas son compromisos fuertes y muy proféticos:

“Los Eas, en primer lugar, promoverán las realidades del mundo, la ecología, la salud, la vivienda, la educación, el trabajo, la economía, la política. Para ello analizarán objetivamente y sin prejuicios la realidad en que vivimos. Denunciarán respetuosamente, pero con energía, las estructuras injustas y anacrónicas y anunciarán con entusiasmo, pero objetivamente, un mundo mejor que el actual: más libre, más justo, más creativo y con mayor calidad de vida” (Ideario, nº 26).

La esperanza tiene que ser consciente, lúcida y realista; no debe tener miedo a analizar “objetivamente y sin prejuicios” las situaciones por muy críticas que sean y aunque provoquen reacciones contrarias entre nosotros mismos. La esperanza sólo es esperanza cuando se alimenta de desafíos y de compromisos, que van madurando en el análisis comunitario. La verdadera esperanza no consiste en ignorar la realidad obscura y alimentar falsas ilusiones; por otra parte también es cierto que, cuando sólo miramos puntos negros corremos el riesgo de acabar en la ceguera. Hoy tendríamos que decirnos unos a otros “atrévete a esperar”. Solamente la esperanza de que algo puede cambiar con el compromiso de algunos nos ayuda a promover las realidades del mundo, a denunciar respetuosamente, pero con energía, las estructuras injustas y anacrónicas y a anunciar con entusiasmo, pero objetivamente, un mundo mejor que el actual: más libre, más justo, más creativo y solidario y con mayor calidad de vida. Las minorías, nosotros somos una de ellas, tienen que ser significativas y proféticas en la Iglesia. Las necesita la sociedad y las necesita también la Iglesia; nuestra Iglesia necesita, también ella, una profecía interna que la estimule a dar respuestas convincentes a los problemas reales que estamos viviendo.

Jesús fue un hombre de esperanza y de apertura confiada y persistente hacia el futuro. Una esperanza que trascurría en el realismo duro de su historia. No fue ni un iluso ni un ingenuo, sabía que las tres cuartas partes de la semilla se pierden por no encontrar tierra buena, y una parte que la encuentra todavía tiene que crecer entre malas hierbas que se chupan el jugo del terreno. El conflicto y el sufrimiento marcaron su vida con el sello de una realidad dura y adversa que no se deja idealizar. Jesús concretó su esperanza en dos actitudes que van muy unidas: poniéndose al lado de quienes socialmente nada cuentan porque no tienen posibilidad de futuro y haciéndose voluntariamente pobre como expresión de Dios, que es amor gratuito y compasivo. Esta manera de dar esperanza continúa siendo muy actual.

En ocasiones hemos vivido y predicado una esperanza descafeinada que consistía sólo en la paciencia, en la capacidad de aceptar las adversidades, en la resignación o en la invitación a mirar hacia el cielo, dejando de lado las realidades temporales y terrestres. La esperanza cristiana nos compromete con el momento presente con sus luces y con sus sombras y nos trasforma en agentes de cambio por muchas dificultades que encontremos.

Nuestras comunidades tienen que vivir a tope la esperanza y el compromiso: “La vida humana es una marcha difícil y dolorosa, pero llena de esperanza, como nos dice el Ideario (nº 12), en la que todo lo que hacemos y somos llegará a su plenitud al final de los tiempos”.

Reconocer las dificultades, que tiene actualmente la Iglesia nunca debe significar adoptar comportamientos que suenen más a pasado que a futuro, a nostalgias y añoranzas más que a compromiso y empeño por encarar el presente y por construir futuro.

Nuestros puntos de reflexión van a ser éstos:

**1º Acoger la esperanza como don del Espíritu**

**2º Construir sobre lo positivo**

**3º La esperanza, fruto de nuestra fe**

**1º. Acoger la esperanza como don del Espíritu**

No se consigue la esperanza cristiana a base de razonamientos y de esfuerzos. La esperanza es algo así como una intuición que nace en nosotros por medio del Espíritu. La esperanza serena nuestro corazón y nos ayuda a vivir el presente, por muy duro que sea.

No basta conocer y analizar “objetivamente y sin prejuicios” la realidad en que vivimos. Análisis sociológicos se hacen muchos. Lo que necesitamos es la “reacción”. Los retos actuales tienen que crear comportamientos nuevos. Se trata de reaccionar a tiempo. La reacción es nuestra manera de confrontarnos ante la dificultad. Solamente cuando hay reacción, el problema se trasforma en desafío; si no hay reacción el problema continua siendo problema y terminará sofocándonos.

Las comunidades Eas tienen un punto de partida para hacer estos análisis y para poder reaccionar a tiempo: “a partir de Cristo y de su Palabra, llegan a una visión más profunda y auténtica de los grandes problemas que nos preocupan vitalmente” (Ideario, nº 18). Si nuestra fe en El es viva, podremos hacer verdaderas maravillas, a pesar de nuestra pequeñez.

La esperanza es un don del Espíritu, pero hay que colocarse en el lugar exacto para que nos sea concedido. La comunidad es el lugar propicio para avivar la esperanza; en la comunidad se escucha y se comparte la Palabra, se confronta con los signos de los tiempos y se toma aliento para otear serenamente el futuro, aunque todavía sea impreciso. La esperanza es una empresa colectiva, una tarea solidaria. Deberíamos animarnos más unos a otros para poder vislumbrar juntos el futuro y acelerar nuestras reacciones.

La oración, sobre todo la oración compartida en nuestras reuniones semanales, es el mejor espacio para hacer una lectura creyente de la realidad del mundo y para provocar nuestras reacciones. Nuestro propio interior, nuestra propia comunidad y nuestra situación cívica y política con todas las diversidades y antagonismos que presenta el mapa social y político de nuestro país, constituyen el punto de partida y el punto de llegada de nuestra oración.

No es justo identificar la esperanza con el optimismo. El optimismo y el pesimismo tienen más que ver con la educación recibida y con la propia sicología que con la fe.

El desánimo o el desacuerdo nunca deben tener la última palabra ni puede provocar una huida de la comunidad. Un momento de desánimo personal o comunitario o un conflicto personal o comunitario nos ayuda a reflexionar y a corregir errores; cuando sabemos procesar una situación de desánimo a la luz de la fe, la unidad se hace más fuerte y gana en autenticidad evangélica. Después hay que entregarse con mayor energía a la esperanza comunitaria y al compromiso de seguir construyendo futuro. La persona y la comunidad esperanzada es como un artista de la vida: de lo que aparentemente no existe hace brotar una realidad nueva, una obra de arte.

**2º. Construir sobre lo positivo**

Cuando sólo hablamos de lo negativo de nuestra vida y de lo adverso de las circunstancias que nos toca vivir en el mundo actual, caemos en una actitud desesperante. Esta manera de colocarnos ante la existencia, además de ser una visión parcial, nunca da respuestas válidas a cuanto nos preocupa.

La Iglesia tiene muchas cosas buenas, pero también tiene fallos. Cada uno de nosotros y cada una de nuestras comunidades tienen sus cualidades y sus defectos. El mundo en que vivimos adolece de lo mismo. Pero la Iglesia, nuestras comunidades y el mundo continúan siendo la obra de un Dios vivo.

Conocer lo positivo y lo negativo es importante. Pero para construir algo nuevo hay que fijarse sobre todo en lo positivo que vivimos y tenemos. No se puede hacer un proyecto de renovación apuntando directamente a las debilidades descubiertas en nuestras instituciones ni a los problemas que encontramos en nuestra sociedad o en la Iglesia. La realidad del mundo no hay que afrontarla como amenaza sino como una nueva oportunidad.

Quien no cree en el futuro, no tiene futuro. No debemos contentarnos con narrar la historia de la Iglesia ni la historia de nuestras comunidades Eas, debemos construirla. La historia no se narra, se hace.

Cristo cuenta con nosotros para construir un mundo mejor y una Iglesia más profética en sus opciones. Profeta no es aquel que anuncia el futuro, sino aquel que se compromete fuertemente con el presente y con el desarrollo integral de la persona humana.

Como cristianos tenemos que valorar lo positivo que tenemos para emplearlo como energía de crecimiento y de transformación. Las comunidades Eas, en cuanto yo las conozco no solamente a partir del Ideario sino a partir de su vida, tienen muchas dimensiones de gran altura evangélica que debemos emplear como energía de crecimiento. Vivir toda nuestra vida, no solamente la fe, en comunidad es la manera más profética de vivir, sobre todo ahora cuando vemos que el individualismo nos va destruyendo como familia humana y crea un mundo ambicioso de discordias y de rivalidades a nivel nacional y mundial.

A pesar de que hoy se habla mucho sobre el encuentro solidario de los pueblos y sobre la democracia como sistema de gobierno, el individualismo es la ideología por excelencia del mundo actual. El individualismo es profundamente antisolidario y antidemocrático. Para el que es individualista, los compromisos están en función de la gestión del propio yo.

Nuestra reacción ante el problema del individualismo es el desafío de la solidaridad comunitaria. Nuestras comunidades tienen un rostro humano que debe estar marcado por la unidad y por la amistad comunitaria a pesar de nuestras diversidades. Persona y comunidad  se tienen que influir mutuamente, en forma respetuosa y positiva. Tiene que existir una constante actitud y decisión de entendernos, de compartir y de procesar los distintos aspectos de la vida a la luz de la Palabra de Dios. Sólo una comunidad sanada, madura y gozosa puede irradiar la belleza del Evangelio y ser atractiva para la gente de nuestro tiempo.

**3º La esperanza, fruto de nuestra fe**

Nuestra esperanza, que es realismo evangélico, brota de nuestra fe. La fe es la mejor fuente de esperanza. Podemos estar en las circunstancias peores, pero sabemos que Dios está a nuestro lado. A veces es necesario hundirse hasta el fondo para llegar a fundamentarnos más en Dios; la historia de salvación ha tenido, en muchas ocasiones, como protagonista al “pequeño resto”. Con un pequeño resto, que le era fiel, Dios continuó siempre su alianza con Israel y continuó cumpliendo sus promesas. La comunidad que vive su esperanza, basada en la fe, sabe soñar con el futuro. La presencia del reino de Dios entre nosotros es la fuente que inspira todos nuestros sueños. Se dice que los sueños nocturnos, cuando estamos dormidos, reflejan el pasado y que los sueños diurnos, cuando estamos despiertos, reflejan el futuro, lo que esperamos. “Pensando lo imposible, se llega a lo imprevisible” decía J. M. R. Tillar. Los sueños están en nosotros como expresión de una fe creadora que se alimenta de la presencia permanente del reino de Cristo. La certeza de un mundo justo, liberado y redimido, potencia el presente y da sentido a la lucha y al camino.

Las nuevas situaciones brindan buenas oportunidades para descubrir de nuevo la novedad del Evangelio y nos ayuda a buscar nuevas presencias significativas y proféticas   de la Iglesia en la ciudad secular, que como ciudad tiene que ser siempre secular.

Para la transmisión del Evangelio son necesarios nuevos métodos y nueva expresiones porque hoy estamos en una cultura nueva, donde los hombres tienen su mentalidad propia. Pero ante todo se necesita nuevo celo, un apasionamiento que contagie nuestra fe y que no es más que manifestación espontánea de una vida transformada por el Evangelio. Este contagio lo realiza mucho mejor una comunidad, que una persona. El contagio de los valores del Evangelio es también empresa colectiva; no lo podemos provocar “por libre”.

La esperanza que llama a nuestra puerta es aquella que sabe que, cualquiera que sea la que sea la situación humana, siempre estará habitada por Dios; que Él nunca deja de trabajar por el hombre y por su historia. Lo que me pasa o lo que nos pasa, tomado como venido de la mano de Dios, dará fruto y creará vida.

La esperanza nos introduce en zonas de riesgo y nos hace creadores, luchadores y anticipadores del gran día. Solamente la persona, que espera, es capaz de arriesgarse. Sin esperanza los riesgos son muy calculados y cualquier problema nos paraliza. El riesgo por el riesgo, se rechaza cordialmente; solamente algunos arriesgan sin tener metas claras; estos riesgos muchas veces llevan a la destrucción. Solamente un riesgo que nace de una meta compartida en comunidad, tiene garantía de éxito; una comunidad Eas tiene que ir estableciéndose metas nuevas, aunque las metas sean graduadas y progresivas. La pedagogía de las nuevas metas es imprescindible para nuestro crecimiento. La esperanza no tiene puestos sus ojos solamente en la eternidad, sino en el momento presente y es capaz de modificarlo con éxito, aunque sea poco a poco.

La esperanza que es fruto de la fe crea siempre un entusiasmo nuevo. Hoy hay mucha gente depresiva, sin entusiasmo y sin horizontes; quizás más que antes. El entusiasta siente una fuerza que le mueve y que le hace buscar lo que vale, lo que está más allá de lo habitual y de lo ordinario. El entusiasta nunca es pasivo; sabe, como dice un cartel en el kibbutz de Querétaro, que ser una persona pasiva significa aumentar y ser parte de los problemas de la humanidad. Esta ha sido siempre una de las convicciones más fuertes de Antonio Hortelano, que debemos cuidar con esmero. El mejor homenaje que podemos hacerle a él es conservar el tesoro de su entusiasmo. La Iglesia y nuestras comunidades necesitan gente entusiasta. Todos queremos que nuestras comunidades sean más fecundas y se multipliquen, porque creemos que son un bien para el mundo; cuando vemos que la fecundidad se hace difícil, podemos perder entusiasmo. Y esto no es justo; es una tentación peligrosa. El entusiasmo es siempre un empujón hacia el futuro y nos da fe en las propias posibilidades. El entusiasmo nos hace convincentes y profetas.

Una comunidad Eas, abierta a la esperanza, dentro de la complejidad de nuestro tiempo, es la mejor noticia que podemos dar a la Iglesia. La imagen de una comunidad esperanzada, en comunión de esperanzas, es el rostro que Dios quiere para nosotros en este tiempo. Debemos saber anunciar, como los viejos profetas de la Navidad, que algo nuevo nos llega.

Más que polarizar nuestra vista en lo que ha sido y hecho, las comunidades Eas deben escuchar la voz de lo que está llamada a ser y a  hacer hoy.